

franceses, españoles, mexicanos, americanos del Norte y del Sur, ingleses, piemonteses, napolitanos, holandeses y suizos, casi todos separados de su patria para correr tras de la fortuna siempre fugitiva; en aquella reunión había marineros fastidiados, negreros que se habían arruinado, buscadores de oro desilusionados y señores norte-americanos arruinados; entre tantos aventureros no era posible establecer la disciplina, los oficiales se emborrachaban con los soldados bajo la misma tienda, y á menudo terminaban las escenas con tiros de revólver. Se comprende ahora qué clase de director necesitaría esa tropa y cuáles serían los sufrimientos de las poblaciones á donde llegaban.

En Tlaxicoyan, Estado de Veracruz, á donde penetraron después de un ligero combate, temiendo ser atacados de improviso escogieron una casa á la orilla del río, capaz para resistir un asalto y donde los caballos pudieran abrigarse sin temor á las balas ó al incendio. Las personas notables fueron llamadas, á la vez que el dueño de la casa José M. Villegas; se les intimó la orden de proceder en el acto á una requisición de forrajes y de víveres, para doscientos caballos y cuatrocientos hombres. Una parte de las personas notables quedó en rehenes, mientras que la otra fué enviada á asegurar la ejecución de las órdenes, bajo la amenaza de fusilar en el acto á los que no obedecieran. Poco tardó en llegar una cantidad considerable de maíz y zacate y en seguida tortillas, pan y carne.

Era indispensable, para comunicarse con la opuesta ribera y en caso necesario retirarse ó concentrar todas las fuerzas, adquirir barcas; los vecinos afirmaron que los guerrilleros se las habían llevado todas. Se decidió entonces que á las cinco de la mañana, las dos barcas que de ordinario servían para pasar el río, estarían con los bogas delante de la casa en que se alojaba Dupin; se dió libertad á dos de los que estaban en rehenes; pero si á la hora señalada no habían regresado sus casas habrían de ser incendiadas y en seguida fusilados los cuatro notables que quedaban, uno tras otro con intervalo de media hora, debiendo pagar además los habitantes de Tlaxicoyan mil pesos por cada media hora de retardo. Hechos estos arreglos, los oficiales cenaron opíparamente en compañía de Villegas, é hicieron que éste gustara primero de los platillos por temor de que se hubiera mezclado veneno á las salsas; después que circularon entre los convidados los vinos generosos, se brindó por la Francia. A las siete de la noche había sido llamado el cura de Tlaxicoyan, y se le exigía que designara las casas que eran reconocidas como pertenecientes á los guerrilleros; y aunque no informó, cerca de cuarenta casas de éstos fueron incendiadas.

En una de las excursiones de la contra-guerrilla, fué prisionero un individuo apellidado Molina, en el momento en que facilitaba la fuga de los guerrilleros reunidos en su casa, cortando con su machete los ronzales de los caballos atados en el corral, para apresurar la salida de los individuos sorprendidos. Molina compraba á los guerrilleros los despojos de los convoyes asaltados, los pagaba á precio muy bajo y los revendía en los mercados de Orizaba y Veracruz; se registró su casa y se le encontraron cartas que manifestaban estar de acuerdo con los republicanos;

esto bastó para que Dupin condenara á Molina y uno de sus parientes, calificado de cómplice, á ser fusilado en el acto. La mujer de Molina, que estaba presente, pidió perdón para su marido; pero el coronel no lo concedió y los dos sentenciados cayeron muertos á su vista, permaneciendo la viuda en actitud fría é impasible. La tropa se puso en marcha y cuando Dupin partía á caballo, se cruzó ella fieramente delante de él, y con la mano levantada le gritó:

—¡Antes de ocho días, coronel, morirás, y desapareció llorando.

Poco después, estuvo á punto de cumplirse el pronóstico. Dupin fué á Veracruz el 29 de Septiembre, para recibir en la intendencia el sueldo de su tropa, y el 1º de Octubre, en la mañana, salió en secreto para la Soledad, habiendo cuidado de anunciar la víspera en alta voz, su marcha á las dos de la tarde; á las tres, los trenes del ferro-carril descarrilados caían, en el camino de la Purga, en una emboscada, la locomotora saltó por un lado y los coches se amontonaron unos sobre otros. De lo alto de los dos bordes del camino, hacían las guerrillas nutrido fuego sobre coches y pasajeros, y fué matado Mr. Ligier, comandante de batallón y jefe superior de la Soledad. Los egipcios y franceses resistieron con valor y dejaron en el sitio muchos cadáveres; los heridos recogidos en la tarde, referían que cuando los guerrilleros registraban á los muertos, se oía este grito de venganza: “¿Dónde se halla ese miserable Dupin?” Era sabido que nada había economizado la viuda de Molina, para realizar sus amenazas y que aquel ataque le costó una cantidad considerable.

Las muchas crueldades cometidas por los oficiales de las contra-guerrillas, autorizaban de antemano las represalias y daban á la lucha un carácter de desesperación cuyas consecuencias, en vez de caer solamente sobre Dupin, herían necesariamente á muchos franceses. En el Estado de Tamaulipas quedaron también recuerdos de la bárbara energía de Dupin. En las cercanías de Croix, se trató de descubrir el lugar donde se habían escondido algunos individuos que huyeron al aproximarse la contra-guerrilla; para ello se apoderaron los de Dupin, de una joven que se llamaba Pepita, considerada como espía mexicana á la que se atribuía estar en ilícitas relaciones con el jefe guerrillero Ignacio Avalos. Después que habían registrado por todas partes, encontraron á Pepita dentro de un tonel en el apartado granero de su casa; al principio se negó á declarar sobre la naturaleza y situación de la emboscada, y para que hablara ataron una cuerda con nudo corredizo en la parte superior de la puerta, se colocó un reloj á su vista en la mesa, y se le previno que si dentro de cinco minutos no había hablado, iba á ser ahorcada; permaneció muda y tan solo de tiempo en tiempo fijaba con avidez y rencor sus chispeantes miradas en las armas colocadas en los cinturones de los aventureros; al terminar el quinto minuto aun callaba; pero cuando sintió que la cuerda bajaba lentamente por su cuello, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo é hizo la confesión entera; la brutal amenaza había alcanzado el más completo éxito.

Se pueden registrar otra multitud de hechos atroces cometidos en Tamaulipas.

Un negro llamado Ramón mandaba una guerrilla, que desde hacia algún tiempo se emboscaba en las riberas del Tamesín, detenía el paso de las embarcaciones que cruzaban el río, y para dejar libres á los marineros les quitaba lo que llevaban y exigía rescate. Una noche sorprendieron á esa guerrilla, cayeron presos cinco de los que la componían, fueron agarrotados y conducidos á Tampico; Dupin los sentenció á ser ahorcados en la plaza de la aduana, en el farol y los reverberos que guarnecían los cuatro ángulos. Una multitud de curiosos se presentó á dar razón de aquel suceso. Entre los sentenciados se encontraban un padre y su hijo que con la mayor indiferencia vieron aproximarse la muerte, lo mismo que los otros sentenciados, pues ninguno se conmovió; el joven se burló de la impericia de los ejecutores poco hábiles en el arte de hacer nudos corredizos, en el que él se consideraba perito y para probarlo se pasó la cuerda al cuello, más como le herían la vista los rayos del sol poniente, pidió como última gracia que se le volviera la cabeza al oriente para no sufrir en sus últimos momentos esa molestia. Los cadáveres se balancearon toda la noche al soplo de la brisa del mar, y en Tampico quedó el vecindario muy emocionado, al grado de haber llegado las quejas hasta México. En consecuencia el general en jefe prohibió que en lo futuro se usara de ese sistema de castigar y dispuso que fuese llevado ante las cortes marciales cualquier guerrillero preso con las armas en las manos.

Quando Dupin se reunió con la fuerza de D. Tomás Mejía, salido de Ciudad Victoria para recibirlo, el 25 de Agosto de 1864, pasó en esa población el siguiente episodio: el oficial francés que mandaba uno de los escuadrones de la contra-guerrilla, designado para preparar los alojamientos de la tropa, se presentó en la casa del negociante D. Ignacio Iguera, situada en un rincón de la plaza principal. En el interior de la casa tuvo un disgusto con uno de los jefes de las fuerzas de Mejía, el coronel Larrumbide; á las voces de los que reñían, se precipitaron al cuarto en que se verificaba la lucha, doce soldados de los de Mejía y con bayoneta calada detuvieron al oficial francés; un momento después apareció un batallón, frente á la casa del Sr. Iguera. Apenas tuvieron conocimiento de tal suceso los contra-guerrilleros de Dupin, se presentaron sable en mano, para defender á su jefe agredido y debido solamente á la presencia de Dupin acompañado del general Mejía, se calmó la efervescencia que amenazaba ser de gravísimos resultados. Mejía decretó un mes de arresto para Larrumbide, quien quedó libre á petición de Dupin. La conmoción causada por ese incidente, había sido muy seria entre las fuerzas mexicanas, reprobando el hecho la mayor parte de los jefes; por temor á un conflicto todas las tropas fueron enviadas á sus respectivos cuarteles, y se tomaron grandes precauciones porque ya se sospechaba que los sucesos verificados en la mañana, obedecían á pensamientos preconcebidos y que se buscaban en el seno del ejército imperial pretextos para un pronunciamiento en favor de Juárez.

El asunto tuvo graves consecuencias, se le hizo llegar á conocimiento del general Bazaine y éste, en nota fechada el 7 de Septiembre de 1864, comunicó al general Mejía que el gobierno había destituido al coronel Larrumbide. Por su parte

Mejía envió un informe al ministro de la guerra, con fecha de 7 de Octubre, y dirigió otro á Maximiliano en el cual se lee: que llegada la fuerza de Dupin á Ciudad Victoria, no se conformó con los alojamientos designados por el prefecto de aquel lugar, de acuerdo con el comandante Francisco Lezama; de aquí se originó que los oficiales y la tropa de Dupin fueron á arrojar de sus casas, con indignos tratamientos, á los individuos pertenecientes á la división Mejía y á varias familias notables de la ciudad, encontrándose entre los primeros que sufrieron ese atropello, el coronel D. Ramón García y la oficialidad del batallón de cazadores, y entre los segundos, la esposa del general Garza, que estando enferma en su casa se vió compelida á salir de ella para buscar un refugio en otra parte; que estos ultrajes fueron mayores en la casa que servía de alojamiento al coronel Larrumbide, habiéndose introducido un escuadrón en ella, á pesar de haber manifestado que estaba ocupada por el mayor general de la división, y que un oficial francés, sin hacer caso de las explicaciones que le daba Larrumbide, sobre el derecho para no ser arrojado de su habitación, le dió un empujón ignominioso para forzar el paso que se le impedía, y Larrumbide se vió obligado á preparar su pistola para castigar al agresor, el cual hizo venir una fuerza en su auxilio y Larrumbide verificó otro tanto, poniendo preso al oficial y dando cuenta de todo lo ocurrido.

El general Mejía añadió que, aunque conocía de parte de quién estaba la razón, para calmar la efervescencia que empezaba á cundir, se vió precisado á mandar poner en libertad al oficial y á reprender públicamente al coronel Larrumbide, por su falta de prudencia; apelaba para probar que era verdad todo lo que decía, al testimonio de los vecinos de Ciudad Victoria y al del capitán belga Edmundo Claret, y habiendo terminado el asunto á petición del coronel Dupin, había sido elevado al conocimiento del gobierno imperial. Estos episodios referentes á Dupin, dan apenas lijera idea de todos los excesos que cometió el famoso contra-guerrillero.

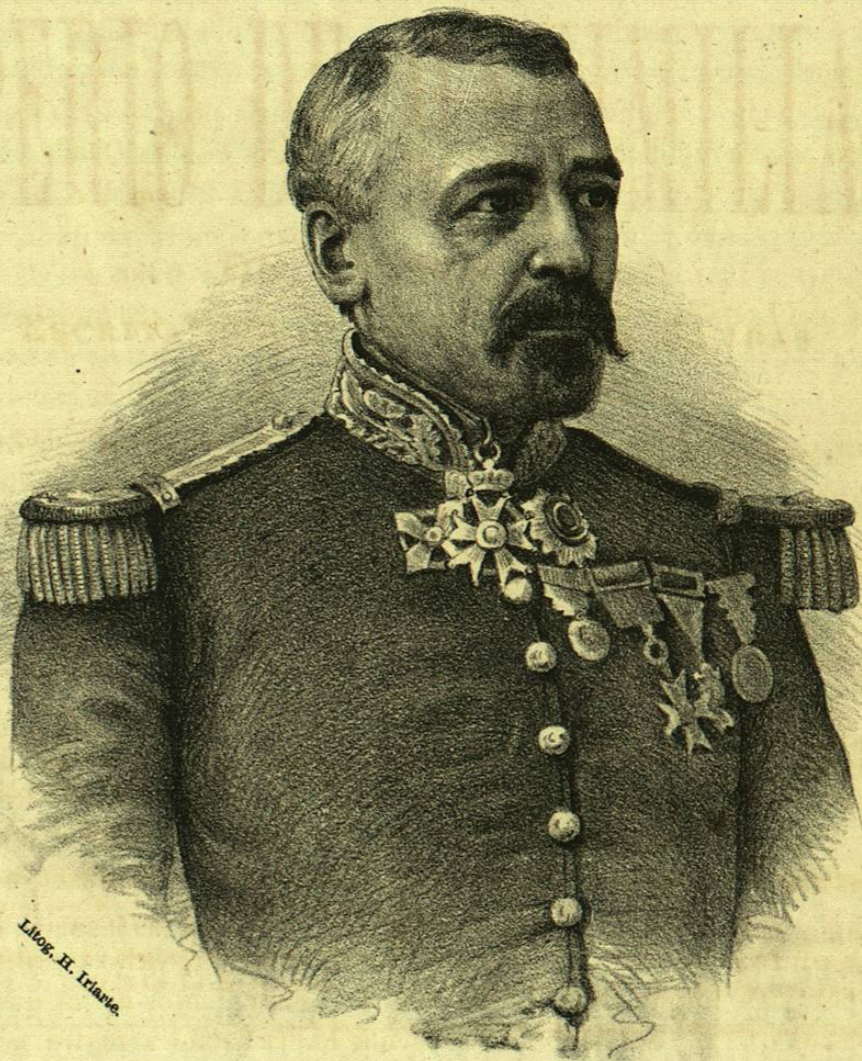
Permanecía aún en Orizaba el general Forey, cuando llegó á Veracruz en el vapor inglés el 28 de Enero (1863), un ayudante de Napoleón, el marqués de Gallifet, con despachos urgentes para el general en jefe, ordenándole que activase la campaña que se retardaba ya de una manera alarmante. Hacíanse á toda prisa en Veracruz diez mil sacos de lienzo para las baterías de campaña, y otros seis mil de petate, todos los cuales fueron remitidos á Orizaba para emplearlos en las operaciones contra Puebla. Encontrándose la administración francesa en Veracruz sin recursos, giraba libranzas contra el erario francés dando hasta seis francos por cada peso mexicano.

Los franceses entraban á pequeñas poblaciones y á poco las abandonaban; pero sus movimientos eran en corta extensión; el general Laumiére, que mandaba la artillería y hacía poco tiempo que había llegado á Orizaba, no se manifestaba satisfecho con el estado en que encontró el ramo de su cargo, y se opuso á que comenzaran las operaciones activas, antes de disponer de la artillería pesada y de un gran acopio de municiones; Forey, respetando ese parecer, estaba dispuesto á con-

ceder á sus subordinados todo lo que necesitaran, razón por la cual se retardaba el avance sobre Puebla, aunque ya en Enero tenía el general Douay un campamento á doce leguas de esa ciudad, había formado cuatro vastos almacenes de víveres, tenía siete molinos en movimiento para proveer de harina al ejército y calculaba que la cantidad de cereales era suficiente para sostener cincuenta mil soldados, hasta que se recogiera la próxima cosecha. Los franceses establecieron un hospital en Peroté y otros dos grandes en Quecholac, ocupados con dos mil enfermos. El general Laumiére se mostraba celoso para atender á cualquiera emergencia, y quería demostrar que la artillería francesa haría prodigios, asegurando que con cañones y las municiones necesarias pronto caería Puebla. Douay reunía las provisiones en Quecholac y contaba con los grandes almacenes de trigo y los siete molinos que no pudieron destruir los mexicanos en su retirada, pues los daños que hicieron fueron fácilmente reparados. El ejército francés tenía ya con seguridad el pan hasta la próxima cosecha; pero los precios que pagaban eran muy altos, porque la administración francesa se entregaba á manos de contratistas, dispuestos siempre á lucrar lo más que se pudiera. Las guerrillas causaban constantes perjuicios á las tropas francesas: entre Tecamachalco y Quecholac capturó el jefe Pilar Villarreal, del cuarto regimiento de Zacatecas, trescientas mulas; cerca de San Agustín del Palmar, la guardia nacional de Tlacotepec tomó otras quinientas que fueron remitidas á Puebla, y el coronel Díaz Mirón atacaba el 30 de Enero, en el punto llamado "El Órgano" á mil doscientos franceses que iban escoltando un tren de carros, apoderóse de algunos, de doce mulas y de algunas armas y mochilas.

Las fuerzas de Bazaine, Berthier y Mirandole, cubrían el camino desde Veracruz hasta Jalapa, Perote y San Andrés, excursionando por las llanuras hasta Nopalucan y Huamantla. Los mexicanos á las órdenes de Carbajal, Rojas y Cuéllar, se mantenían al frente de esas fuerzas, tenían que perseguir á los propietarios que se resistían al pago de ciertas contribuciones, y no faltaban guerrilleros que estuviesen de acuerdo con los contratistas franceses. El ferrocarril de Veracruz á México ocupaba la atención pública, habiendo obtenido éxito los esfuerzos hechos por Mr. Lyons, lo que aumentó los celos y resentimientos de los que en otra época tuvieron que ver con la empresa. Lyons había hecho arreglos muy ventajosos para los agentes del gobierno francés; por esto fué declarada por el gobierno mexicano la obra como enemiga del país y el gobernador del Estado de Veracruz se propuso impedir los trabajos.

Aunque en Puebla se consumaban constantemente las deserciones de costumbre, se mejoraban las fortificaciones y se daba instrucción á más de veinte mil hombres que la habían de defender; los zuavos ya habían perdido su prestigio y se había desvanecido la fama del general Forey, que tanto tiempo se había ocupado en preparativos. Las fuerzas de Bazaine, que á fines de Enero avanzaron hasta Huamantla, podían interceptar el camino entre Puebla y México, y ya habría sido difícil, en caso de que se hubiese querido retirar de Puebla los depósitos, impedir una batalla.



*Mr. Felix Douay.*

General francés; vino nombrado segundo en jefe de la División que mandaba Laurencez, á quien se unió después de la batalla del 5 de Mayo. Concurrió al sitio de Puebla é hizo la campaña en Michoacan y otros Estados del Interior de la República.